

actividad del espíritu santo en la iglesia

La Iglesia es creación permanente del Espíritu. La presencia del Espíritu constituye la existencia concreta de la Iglesia¹. Esta presencia del Espíritu se entendería erróneamente si se considerara estáticamente. El Espíritu es vida y comporta siempre vitalidad. Los signos de esta vitalidad son múltiples y variados. Se manifiesta, por ejemplo, en el anuncio del mensaje cristiano², en los sacramentos³, en los santos como lugar privilegiado de una transparencia a la acción del Espíritu⁴. Aspecto del todo fundamental de la actividad del Espíritu es la estructura misma de la Iglesia que hay que entender como carismática⁵. Si olvidáramos esta dimensión peligraría considerar la estructura jerárquica de la Iglesia como un aparato administrativo sin conexión íntima con los dones carismáticos que el Espíritu difunde continuamente en la Iglesia. Las páginas que siguen estudian el tema de los carismas como ilustrativo en sí mismo de la rica actividad del Espíritu en la Iglesia.

Por ser creación del Espíritu, la comunidad cristiana ha de entenderse siempre como comunidad carismática. Comunidad y carisma se implican y exigen mutuamente. Los carismas constituyen la estructura de la comunidad. La comunidad es el lugar de los carismas. Al mismo tiempo, los carismas construyen la comu-

(1) Así creo que se puede interpretar correctamente el conocido texto de Ireneo: «Ubi enim Ecclesia, ibi et Spiritus Dei, et ubi Spiritus Dei, illic Ecclesia et omnis gratia» (*Adv. Haer.* III 24,1).

(2) Cfr. A. MANARANCHE, *Un camino de libertad*, Studium, Madrid 1972, p. 45-46. 160. 161; J. RATZINGER, *Introducción al cristianismo*, Sígueme, Salamanca 1970, p. 209-210.

(3) I. OÑATIBIA, *Por una mayor recuperación de la dimensión pneumatológica de los sacramentos*, *Phase* 16(1976) 419-439. Pere TENA, *El sello del don del Espíritu Santo*, *Phase* 12(1972) 199-217. J. M. TILLARD, *L'Eucharistie et l'Esprit Saint*, *NouvRevThéol* 90(1968) 363-387.

(4) Es en los santos donde se objetiva de manera ejemplar la acción del Espíritu en la comunidad cristiana. Su estudio debiera entrar de lleno en la dogmática, cfr. V. CODINA, *Lo pneumatológico en la teología*, en: *Teología y mundo contemporáneo*. Homenaje a K. RAHNER. Ed. Cristiandad, Madrid 1975, p. 115-132.

(5) Cfr. Card. SUENENS, *Dimensión carismática de la Iglesia*, en: *Discursos conciliares*, Ed. Cristiandad, Madrid 1964, p. 33-38.

nidad, la van desarrollando y haciendo crecer, realizándose siempre de un modo nuevo. En ello hay que ver una referencia explícita al Espíritu, el cual constituye, en último término, la existencia misma de la comunidad.

Enseñanza paulina sobre los carismas

Cualquier reflexión sobre los carismas ha de remitirse necesariamente a san Pablo. En efecto, «carisma» es un término acuñado por Pablo e introducido por él en la teología neotestamentaria⁶. Es también el vocablo más común y conocido para expresar los fenómenos manifestativos del Espíritu⁷.

El estudio de los diversos textos paulinos revela un significado extraordinariamente amplio del término «carisma». Abarca desde las promesas divinas irrevocables hechas a Israel hasta la donación de la vida eterna, pasando por la llamada o vocación a la vida cristiana y a las diversas formas de vivirla, de modo que cada estado de vida es un don y, por lo mismo, un carisma. También se denominan carismas aquellas manifestaciones espectaculares de las que se vanagloriaban los corintios y sobre las que san Pablo se vió obligado a precisar que el carisma es un don de Dios; que «el» carisma es la vocación cristiana que cada uno debe vivir según el camino que Dios le indica; que si bien los dones espectaculares no hay que menospreciarlos, su verdadero valor radica en la utilidad que tengan para el bien común⁸.

«A cada cual se le otorga la manifestación del Espíritu para provecho común. Porque a uno se le da por el Espíritu palabra de sabiduría; a otro palabra de ciencia según el mismo Espíritu; a otro fe, en el mismo Espíritu; a otro, carismas de curaciones, en el único Espíritu; a otro poder de milagros; a otro, profecía; a otro, discernimiento de espíritus; a otro, diversidad de lenguas; a otro, don de interpretarlas. Pero todas estas cosas las obra un mismo y único Espíritu, distribuyéndolas a cada uno en particular según su voluntad» (1 Cor 12,7-11).

«Y así los puso Dios en la Iglesia, primeramente como apóstoles; en segundo lugar como profetas; en tercer lugar como maestros; luego, los milagros; luego, el don de las curaciones, de asistencia, de gobierno, diversidad de lenguas. ¿Acaso todos son apóstoles? o ¿todos profetas? ¿todos maestros? ¿todos con poder de milagros? ¿todos con carismas de cura-

(6) A excepción de 1Petr 4,10 el vocablo «carisma» sólo se encuentra en Pablo. He aquí los textos: Rom 1,11; 5,15.16; 6,23; 11,29; 12,6; 1Cor 1,7; 7,7; 12,4.9.28.30.31; 2Cor 1,9.11; 1Tim 4,14; 2Tim 1,6.

(7) También se utilizan los términos *pneumatiká*, *energémata*, *diakoníai*.

(8) Cfr. B. N. WAMBACQ, *Le mot «charisme»*, *NouvRevThéol* 97(1975) 345-355.

ciones? ¿Hablan todos lenguas? ¿interpretan todos?» (1 Cor 12,28-30).

«Pero teniendo dones diferentes, según la gracia que nos ha sido dada, si es el don de profecía, ejerzámolo en la medida de nuestra fe; si es el ministerio, en el ministerio; la enseñanza, enseñando; la exhortación, exhortando. El que da, con sencillez; el que preside, con solicitud; el que ejerce la misericordia, con jovialidad» (Rom 21,6-8).

Estos tres pasajes constituyen los catálogos más completos sobre los carismas. Comparándolos entre sí se puede notar la presencia del don de profecía en los tres textos. Ello indica la importancia de los profetas en la iglesia primitiva, dato que además conocemos por otros escritos del Nuevo Testamento⁹. Llama también la atención que el término carisma se vincula expresamente al de curaciones. El sentido de la enumeración en 1Cor 21,28-30 quedará claro cuando estudiemos el carisma del apostolado.

En base a estos textos y a los citados en la nota 6 y a sabiendas de que los carismas son ilimitados y que no se pueden someter a un sistema que los codifique para siempre, vamos a correr el riesgo de ejemplificarlos. El esquema que utilizaremos es el de G. Hasenhüttl en su voluminosa monografía sobre los carismas¹⁰.

A.-Los carismas fundamentales

Carisma del encuentro: El encuentro entre creyentes no puede ser banal, sino que significa experiencia de gracia (Rom 1,11-12), es don y carisma.

Carisma de la vida eterna: Según Rom 6,23 el carisma comprende toda la existencia cristiana, acentuándose además su carácter escatológico.

Carisma de la vocación histórica del pueblo: A pesar de tantos pecados del pueblo, Dios permanece fiel a sus promesas (Rom 11,29), lo cual expresa que el carisma es más fuerte que todos los pecados. Carisma es aquí la llamada continua de Dios a su pueblo. Es la fidelidad de Dios a sus promesas.

Carisma de la vocación histórica del individuo: El destino del hombre concreto también se puede considerar en la perspectiva histórico-salvífica. La vida, la muerte de un hombre, de un apóstol, tiene un significado carismático para la comunidad. Todo creyente es don de Dios para el otro.

(9) Cfr. por ejemplo Act 11,27; 13,1; 15,32; 21,9.10s; 20,23; 18,20; 1Tes 5,19-21.

(10) G. HASENHÜTTL, *Carisma. Principio fondamentale per l'ordinamento della Chiesa*. Edizioni Dehoniane, Bologna 1973.

B.-Rasgos carismáticos en la comunidad

1. Carismas de la epifanía de Dios

El don de lenguas: Su origen está en el Espíritu (Act 2,4; 10,46; 19,6; 1Cor 12,10). Es, por tanto, un carisma. Puede también considerarse como un signo de la existencia creyente (Mc 16,17). Se trata de lenguas nuevas (Mc 16,17), lenguas diversas (Act 2,4), de muchas clases (1Cor 12,10). Puede ser un signo para los incrédulos (1Cor 14,22; Act 2,4). Si no sirve para la comunidad hay que dejar de usarlo en público (1Cor 14,17ss.). El don de lenguas es un don de oración, de alabanza, de acción de gracias y de súplica (1Cor 14,4-16.26ss.).

Lenguaje de sabiduría y de conocimiento: Son un bien precioso que sirve a la comunidad y estimula al creyente (Rom 15,14; 1Cor 14,6). La palabra de la sabiduría es la palabra de la cruz y tiene sentido sólo si está en ventaja de la comunidad. Es una forma de convertirse en necio.

No tiene gran importancia distinguir si son dos o un solo carisma. De hecho, ambos están ligados a la palabra. Su valor radica en que están dirigidos al otro, al prójimo, para que se edifique.

Fe carismática: Se trata aquí de una fe especial, de la fe que opera milagros distinta de la fe que salva. Pero quizás no se deba hacer una distinción tan neta entre ambas clases de fe. En realidad, sólo si la fe es fe carismática prestará atención a los demás y estará en relación con ellos, porque la fe no puede ser sólo mirar hacia Dios. De aquí que la fe carismática tenga una función decisiva en la comunidad. Por eso en la comunidad cristiana no se puede ser un espiritual independiente. Si la fe deja de estar relacionada con el amor, o lo que es lo mismo, con los otros, entonces deja de ser fe y carisma, no es ni fe justificante ni fe carismática. La fe carismática es una confianza total en que Dios puede realizar maravillas. Por ello conduce a las acciones poderosas de 1Cor 12,10.28.29.

Acciones poderosas: No se trata más que de la superación de las potencias del mal por medio de la fuerza salvadora de Dios. Este carisma es continuamente necesario para no sucumbir a las fuerzas adversas a Dios. Es evidente su importancia para la estructura fundamental de la comunidad. Se expresa en las «demonstraciones de poder» que no tienen la función de defender una sociedad separada del mundo, sino de vencer la incredulidad que intenta continuamente penetrar en la comunidad.

Curaciones: Es un modo particular de vencer al mal. Este carisma no es una demostración del propio poder, sino un servicio del poder, como participación en la exousia de Jesús, a favor del otro. Es un regalo para el prójimo.

2. Carismas sencillos constructores de la comunidad

La misericordia: El misericordioso debe compartir con todo el corazón las alegrías y dolores del hermano. Misericordia y amor constituyen la liturgia (Os 6,6). Quien ha recibido este don tiene el deber particular y especial de estar disponible para con los sufridos y solos. También incluye, junto con la misericordia terrena, la preocupación por la salvación eterna.

Saber compartir: Dar no es simplemente hacer regalos o dones, pero con el corazón lejano, sino hacer participar al otro en mis propios bienes. Es compartir con el otro sin intenciones torcidas, con amor, para que este carisma tenga sentido (1Cor 13,3).

Exhortación consoladora: Consiste fundamentalmente en una alocución que alienta, anima y consuela.

El celibato: Donde el celibato no está orientado al prójimo, donde el otro es instrumentalizado para fines de la búsqueda de la propia perfección, no existe allí carisma. Pero el celibato no se impone, es completamente libre (Mt 19,11s). Un celibato obligatorio por ley no puede ser un carisma ya que éste último apela a la persona del cristiano, mientras que cuando el hombre es obligado, se coloca bajo el dominio del estímulo insaciado (1Cor 7,9), y así, en lugar de ser un cristiano libre, se convierte en esclavo de su naturaleza y del sistema¹¹. El celibato tiene un fondo escatológico: las angustias del tiempo presente. Por otra parte, también el *matrimonio* debe ser considerado como carisma.

El don del servicio: Todos los dones gratuitos son siempre signo del servicio, de la diakonía (1Cor 12,4; Rom 12,6; 1Ped 4,11). Por ello, el servicio y el carisma se colocan en el mismo plano (1Cor 12,5). En este sentido genérico, el servicio personal al prójimo no es un carisma particular, aunque caracteriza a todos en cuanto dados para la edificación de la comunidad. A diferencia del pensamiento griego, el servicio no es algo de valor inferior, en cuanto que el dato originario de la fe no es la personalidad singular en su desarrollo espiritual, sino el ser-para-el-otro¹². Cristiano se es solamente cuando se pone todo el ser propio en favor de los demás¹³.

C.-Los estados carismáticos

Examinaremos los estados carismáticos permanentes en la comunidad. ¿Puede ésta existir sin aquéllos? ¿Son indispensables para la estructura caris-

(11) G. HASENHÜTTL, *ibid.*, p. 162.

(12) G. HASENHÜTTL, *ibid.*, p. 167.

(13) G. HASENHÜTTL, *ibid.*, p. 168.

mática de la Iglesia? ¿Qué sucede en la comunidad si desaparecen estos estados carismáticos permanentes?

El Apostolado: Ningún carisma tiene tan gran importancia en el nacimiento de la Iglesia como el apostolado, y ningún otro está tan sometido al peligro de ser considerado a través de la deformación de una concepción dogmática de la iglesia de tinte confesional. Los apóstoles son el puente que une al Jesús histórico con la iglesia de Cristo.

El testimonio más antiguo, que es el paulino, presenta al apóstol como carismático (1 Cor 12,28; Ef 4,11), y esto formando parte de un grupo de carismáticos, los profetas y doctores. Los apóstoles han sido puestos por Dios en la Iglesia. El apóstol es y permanece miembro de la comunidad. Dentro de ella es como cobra sentido. Sin embargo, no recibe su misión de la comunidad, sino de Dios y de Cristo. No hay llamada humana al apostolado-carisma. Ser enviado, la misión, es la tarea del apóstol. Así tiene que predicar a Cristo. Esta tarea está vinculada a la palabra. El apóstol es un misionero. La misión está unida necesariamente al apostolado, pero no es esto lo que lo constituye y lo distingue de otros carismas, porque también hay falsos apóstoles. El verdadero apóstol se reconoce por su singular relación con el pasado histórico, anuncia la paradójica unidad entre el Jesús crucificado y el Cristo presente, es decir, el apóstol es testigo de la resurrección¹⁴. Texto fundamental es 1 Cor 15,1-11. Pero el sólo encuentro con el resucitado no basta para ser apóstol, tiene que ser enviado por Cristo. Las dos características del carisma: origen en Cristo y fin la comunidad, están tan unidos en el apostolado que se puede llamar el carisma por antonomasia.

El carisma del apostolado presenta una normatividad frente a todos los demás carismas. Lo cual impone una vinculación con el apóstol en cuanto representativo de un determinado «tipo de doctrina», que es, al mismo tiempo, vinculación a un Credo cuya formulación más breve reza «Jesús es el Señor». La razón última de todo esto radica en ser los apóstoles los testigos de la resurrección de Cristo y los que testimonian de forma vinculante sobre la misma¹⁵.

Los profetas: Junto con los apóstoles, los profetas son fundamento de la comunidad (Ef 2,20). En el Nuevo Testamento cada uno posee fundamentalmente el don de profecía, pero no todos son profetas (1 Cor 14,29). La profecía neotestamentaria está determinada por el nuevo fundamento que es el Cristo como cumplimiento de todas las profecías del Antiguo Testamento. Los profetas están siempre en el segundo puesto después de los apóstoles. Mientras los apóstoles

(14) G. HASENHÜTTL, *ibid.*, p. 188.

(15) Cfr. J. RATZINGER, *Bemerkungen zur Frage der Charismen in der Kirche*, en *Die Zeit Jesu. Festschrift für H. SCHLIER*, Herausg. von G. BORNKAMM und K. RAHNER. Freiburg im Br. 1970, p. 266.

hacen posible la comunidad en cuanto primeros testigos, los profetas esclarecen la actual realidad de la comunidad y la conducen hacia el futuro. El profeta descubre lo que está oculto en el corazón del hombre y así se construye la comunidad. El profeta sana las relaciones dentro de la comunidad. Llama al hombre a que haga luz en lo profundo del corazón para no vivir oculto en la superficialidad, para que se acerque a Dios y esté abierto a él. La profecía es como la epifanía de Dios. Esto acontece particularmente en la realidad litúrgica. Por eso los profetas son orantes privilegiados de la comunidad. Profecía y oración están juntas (1Tes 5,17-20). El profeta es una especie de padre espiritual de la comunidad¹⁶.

Los doctores: Son predicadores y anunciadores de la palabra de Dios, pero en el interior de una comunidad (así se diferencian de los apóstoles y evangelistas). Serían una especie de teólogos de la primera comunidad. Los doctores se apoyan sobre la tradición recibida y sobre ella reflexionan. Son necesarios en la comunidad para que se pueda desarrollar la concepción de la fe¹⁷. Pronto el «doctorado» se une a la jerarquía de manera que para ser doctor hay que ser obispo o sacerdote. Sin embargo, habría que preguntarse, conociendo el Nuevo Testamento, si no ha habido un cambio no bíblico en la estructura de la Iglesia que concede más importancia a la sucesión de los obispos, y no habla de los sucesores y de un estado propio y permanente de los doctores carismáticos¹⁸. Los obispos de hoy casi todos son doctores por alguna facultad de teología, pero ese doctorado no es el carismático.

Evangelistas: Sólo tres pasajes hablan de ellos (Act 21,8; Ef 4,11; 2Tim 4,5). Este carisma consiste en el anuncio de la Buena Nueva. Se diferencia del apostolado en que no ha recibido la misión de parte de Jesús.

Pastores: Llama la atención que un servicio carismático tan duradero sea sólo una vez recordado en el Nuevo Testamento. Ser pastor es *ser-para*. El pastor ofrece tranquilidad, seguridad y protección. El pastor en la comunidad no sustituye nunca al único pastor, Cristo. Sí es un indicador y orientador hacia el Verdadero Pastor. Los pastores reciben también otras denominaciones como timonel, ancianos, vigilantes.

* * *

(16) Con Montano (aprox. 175) el estado profético deja de ser un elemento esencial de la comunidad eclesial carismática. Hasta nuestros días la Iglesia no se ha repuesto todavía de esta situación, cfr. G. HASENHÜTTL, *ibid.*, p. 209; también el art. del Card. SUENENS citado en nota 5.

(17) Cfr. H. KÜNG, *La Iglesia*. Herder, Barcelona 1968, p. 225; y el «oráculo» de K. BARTH contra los teólogos citado en L. BOROS, *Presupuestos de la oración cristiana*, Concilium nov 1972, n.º 79, p. 363-364.

(18) G. HASENHÜTTL, *ibid.*, p. 221.

La anterior exposición y sistematización de los carismas no agota la múltiple gama de posibles manifestaciones del Espíritu. Las diversas listas paulinas de carismas parecen indicar precisamente la imprevisible riqueza de dones que el Espíritu puede suscitar en la comunidad eclesial. Como creación del Espíritu, la comunidad cristiana tiene una *estructura carismática permanente*. Esta estructura puede manifestarse de modo múltiple, ya se trate de carismas extraordinarios ya de carismas más sencillos y normales¹⁹. Todos los carismas provienen de Dios. Su carácter donal es lo que constituye su igualdad básica. Por ello, se necesita el amor, único capaz de salvaguardar la multiplicidad unificadora de los carismas, ya que el cristiano está siempre amenazado de apoderarse del carisma que se le ha concedido, sin caer en la cuenta de que así viola el carisma del hermano y que toda violación y toda opresión del don gratuito del hermano, constituye en el cristianismo una agresión a la totalidad del Pneuma-Cristo, debilitando o destruyendo la unidad de la Iglesia²⁰.

Todo cristiano es carismático y, por serlo, es cristiano. Sin embargo, en la práctica hay muchos cristianos, sobre todo piadosos, que limitan los carismas a la jerarquía²¹. Olvidan que los carismas, como impulso y dirección del Espíritu de Dios para la Iglesia, existen también junto al ministerio y fuera de él. Permítanos siquiera aludir en este momento a la existencia de dos problemas teológicos cuyo planteamiento y solución requerirían sendos estudios. Los problemas son los siguientes: por una parte, la conjunción entre el carisma y la institución y, por otra, el discernimiento de la autenticidad de los carismas. Se trata de problemas muy delicados. Por ello, lo que a continuación indico hay que tomarlo simplemente como una sugerencia y una pista de posible solución. Sobre el primer problema piénsese que la armonía entre ambas estructuras sólo está garantizada a la larga por el Señor de las mismas y únicamente por El, es decir, en definitiva, sólo carismáticamente²². Sobre la segunda cuestión, Rahner ha hablado del carácter crucificante, del inevitable sufrimiento que comporta el verdadero carisma²³. En la misma línea se mueve Ratzinger. El verdadero

(19) Cfr. K. RAHNER, *Lo dinámico en la Iglesia*. Herder, Barcelona 1963, págs. 59.70.72.

(20) G. HASENHÜTTL, *ibid.*, p. 250.

(21) «No faltan, en efecto, entre los piadosos católicos que quieren profesar sentimientos eclesiásticos, quienes opinan, por debajo de cuerda y sin manifestarlo explícitamente, siendo precisamente por eso más eficaces y peligrosos, que la jerarquía es el único portador del Espíritu o la única puerta por la que el Espíritu entra en la iglesia. Tienen los tales una imagen estatal y totalitaria de la iglesia» K. RAHNER, *Lo dinámico* p. 53.

(22) Cfr. K. RAHNER, *Lo dinámico en la Iglesia*, p. 56-57.

(23) «La genuinidad de un carisma, que, por cierto, es una misión ordenada a la Iglesia y que tiende a penetrar en ella en lugar de proceder de la misma, se manifiesta en el hecho de que el que está investido de tal misión soporta paciente y humildemente el inevitable sufrimiento que lleva consigo tal investidura carismática, y no trata, para soslayar las dificultades, de edificar una iglesia clandestina dentro de la Iglesia; no se deja amargar, sino que sabe muy bien que es el mismo Señor el que infunde la fuerza y suscita la resistencia, el que proporciona el

carismático está caracterizado por una doble y dolorosa obediencia: 1) absoluta obediencia a la propia tarea que le remite al Evangelio sin comentarios ni interpretaciones; 2) decidida voluntad de una permanencia obediente en la Iglesia concreta, con lo que esto va a comportar de sufrimiento en la realización de su propio carisma. «El criterio propio del verdadero carismático es su desprendimiento, o digámoslo más radicalmente: el criterio del auténtico carisma es la cruz, dejarse desgarrar, por razón de la tarea encomendada, entre la misión y el lugar de su cumplimiento»²⁴. Y quien no esté dispuesto a esta renuncia, da muestras de preferir su propio egoísmo a la tarea encomendada, con lo cual destruye el carisma recibido. «En resumen: la fuente y al mismo tiempo el signo del discernimiento del Espíritu es la Cruz»²⁵. La Cruz es el único signo para el discernimiento. Por eso aquello de no extinguir el Espíritu (1 Tes 5,19) sólo se puede entender ante el crucificado.

Los carismas no son un fenómeno accidental y periférico en la vida de la Iglesia. La Iglesia ha vivido siempre y vivirá por los carismas. Piénsese en el monaquismo, el ascetismo, la virginidad, el martirio, la pobreza y los movimientos de pobreza, la mística, las virtudes y los compromisos sociales, la ciencia teológica y el continuo aflorar actual de tantos movimientos de renovación cristiana. Todo ello es manifestación de la pujante actividad del Espíritu a lo largo de la historia de la Iglesia, por más que a veces e incluso prolongadamente no se sea consciente de la presencia y de la actividad del Espíritu. Los carismas en cuanto tales son irrenunciables como conjunto estructural de la Iglesia. Hay que afirmar decididamente la perennidad de los carismas en la Iglesia. Donde haya Iglesia habrá carismas que la construyan y donde éstos no existan habrá que cuestionarse la existencia de la misma iglesia.

Carmelo Granado

vino del entusiasmo y el agua de la sobriedad en su Iglesia y que a ninguno de sus siervos da el encargo de constituirse en su único representante» K. RAHNER, *Lo dinámico*, p. 86.

(24) J. RATZINGER, *Bemerkungen zur Frage der Charismen*, p. 270.

(25) J. RATZINGER, *Bemerkungen zur Frage der Charismen*, p. 271.